

UNAMUNO Y VALLE-INCLAN

Miguel PELAY OROZCO

Unamuno y Valle-Inclán se conocieron en el Madrid de principios de siglo, por mediación de Baroja. Los dos escritores vascos paseaban juntos por la Carrera de San Jerónimo, cuando en dirección contraria apareció Valle-Inclán. Baroja hizo las presentaciones y los tres empezaron a caminar juntos. A los pocos minutos, tanto Unamuno como Valle-Inclán se pusieron a discursar, sin prestarse el uno al otro la menor atención. Por cierto que el episodio tuvo un epílogo un tanto cómico, ya que en el espacio de unos metros llegaron a discutir con tal violencia que Unamuno se fue por un lado y Valle por otro, dejando a don Pío solo, rumiando su asombro.



Parece que después, en el transcurso de los años, volvieron a tratarse, pero siempre a cierta distancia y sin llegar a profesarse demasiada estimación.

Esta recíproca falta de simpatía no resulta demasiado sorprendente, ya que, salvo algunas tendencias comunes a ambos, como el egocentrismo, el orgullo y la afición a monopolizar el uso de la palabra, los temperamentos de Unamuno y de Valle-Inclán divergían por completo. Por otra parte, las tendencias comunes citadas, aún siendo coincidentes, más que unir, separan.

Unamuno fue un hombre apasionado y trascendentalista, que tomó la vida en serio y buscó con ahínco la verdad, el sentido último de la existencia. Valle-Inclán fue sibarita y sensual. Unamuno tenía un gran concepto de sí mismo, era serio y poseía una moral muy rígida. Valle-Inclán gustaba manifestarse como un hombre lujurioso, fantástico y frívolo.

Unamuno trazó toda una filosofía en torno a Don Quijote. Una filosofía ascética, rigurosa, basada en la sinceridad, en la rectitud y en la fe. Valle-Inclán creó otro caballero, el Marqués de Bradomín. Pero este caballero, revestido de donjuanismo, prefiere generar entuertos, que enderezarlos. El caballero unamuniano, el quijotesco —Unamuno sostuvo siempre que Cervantes nació para historiar la vida de Don Quijote, y él, para comentarla— sólo tiene una Dulcinea. Bradomín tiene mil amantes, pero no alcanza a tener una Dulcinea. Unamuno expresó siempre su antipatía hacia Don Juan, a quien encontraba frívolo y afeminado (tesis compartida por Marañón). Mil veces le llamó idiota y dijo que su conversación tenía que resultar insoportable, excepto, tal vez, para las mujeres que de él se enamoraban. Bradomín aspiró a ser un Don Juan, y gustó de aparecer practicando la injusticia y la arbitrariedad.

Unamuno tomó como modelo caballeresco a Don Quijote. Al fin y al cabo, si no lo creó, lo **recreó** y lo vitalizó y lo unamunizó. Tanto, que se diría que él mismo fue en vida un Don Quijote redivivo. Por algo Machado le llamó donquijotesco. Y para que esta similitud resultara categórica y definitiva, no faltó gente —la casta de bachilleres, curas, barberos, canónigos y duques es imperecedera— que le tuvo por loco. Claro. En un mundo de hipocresías y adulaciones un hombre que se alzara a gritar su rebeldía y su inconformismo no podía ser otra cosa que un loco.

Unamuno predicó: *¿Qué vamos a hacer en el camino mientras marchemos? ¿Qué? ¡Luchar! Luchar, y ¿cómo? ¿Cómo? ¿Tropezais con uno que miente? Gritarle a la cara: ¡menti-*

ra!, y ¡adelante! ¿Tropezais con uno que dice tonterías, a quien oye toda una muchedumbre con la boca abierta? Gritarles: ¡estúpidos!, y ¡adelante! ¡Adelante siempre!

Pero no se limitó a predicar esta comprometida y heroica doctrina quijotesca, sino que la practicó. Y es que para el profesor bilbaino, silenciar un atropello equivalía a hacerse cómplice de él. Y ¿qué otra cosa sino puro quijotismo fue la épica lucha que desencadenó —personalmente, de la manera más desigual y quijotesca— contra el régimen dictatorial de Primo de Rivera? Y ¿qué su famoso *Venceréis, pero no venceréis*, espetado poco antes de su muerte, en Salamanca, ante un auditorio intolerante y fanático que profanaba aquel templo del saber?

«El Marqués de Bradomín —contrafigura del propio Valle-Inclán— dice en su *Sonata de Invierno*: *Yo siento, también, que el horror es bello, y amo la púrpura gloriosa de la sangre, y el saqueo de los pueblos, y a los viejos soldados crueles, y a los que violan doncellas, y a los que incendian mieses, y a cuantos hacen desafueros al amparo del fuero militar...*

Bradomín, en esta postrera *Sonata*, era ya hombre de barba y cabellos de nieve también —¡curiosa, extraordinaria anticipación, en que el personaje pareció engendrar el destino de su propio autor!— quedó manco. Y es aquí donde el anciano Marqués nos da una muestra de su frivolidad de viejo Tenorio. A su edad y ante su desgracia, únicamente le preocupa la actitud que deberá adoptar en lo sucesivo con las mujeres para hacer poética su manquedad.

Es indudable que Valle-Inclán se dio entero, en cuerpo y alma, en este personaje de las *Sonatas*. Y no se limitó a trazar una contrafigura suya, sino que le hizo depositario de algunos de sus más caros ideales.

Esta tendencia caballerescas y absurda del escritor gallego le impulsó a cometer innumerables disparates. Altanero y fantástico como su Bradomín, le dio por titularse a sí mismo Señor de la Puebla del Caramiñal, y su vida transcurrió intentando enderezar los entuertos que él mismo provocaba. En el Madrid bohemio y pintoresco de principios de siglo, llegó a constituir una seria preocupación para guardias y serenos, a quienes increpaba con insolencia. Naturalmente, visitó numerosas veces las Comisaría de Policía.

El anecdotario de Valle-Inclán es tan copioso como pintoresco. En cierta ocasión fue detenido, en unión de otros amigos suyos, por protestar ruidosamente la representación de una obra de teatro. En la Comisaría, al llegarle el turno de dar su nombre, irguióse y exclamó con gran empaque: *¡Yo soy don Ramón del Valle-Inclán, Coronel General de los ejércitos mexicanos!*

Otra vez, con ocasión de un desafío del escritor Gómez Carrillo a Baroja, éste nombró padrinos a Azorín y a Valle-Inclán. Para Valle-Inclán, este episodio constituyó una de las mayores alegrías de su vida. Dirigióse inmediatamente a Gómez Carrillo y le dijo, de buenas a primeras, que el tal desafío era una ridiculez y que todos los escritores de España se iban a reír de él. Carrillo le respondió airado que desafiaría a todos los escritores de España. Entonces, Valle-Inclán, con su ceceo peculiar, le contestó iracundo: *¡A todos no! ¡A mi no me desafía usted porque no se atreve!*

Tratóse de levantar un acta, pero la cosa iba tornándose tan ridícula para Carrillo, que tuvo que dar por zanjado el asunto.

Valle-Inclán escribió en 1903 una especie de autobiografía suya en la que, entre otras fantasías e invenciones, decía: *A bordo de la Dalila, lo recuerdo con orgullo, asesiné a Sir Roberto Yones. Fue una venganza digna de Benvenuto Cellini. Os diré cómo fue, aún cuando sois incapaces de comprender su belleza; pero mejor será que no os lo diga; seriais incapaces de horrorizaros...*

En fin. Ahora que van desapareciendo las individualidades fuertes antes de que la tecnología, el especialismo y los ordenadores acaben definitivamente con lo que nos queda de fantasía y de pintoresquismo, me ha parecido interesante contrastar en este pequeño trabajo las personalidades de dos personajes conspicuos de la generación del 98, afines en ciertos aspectos y encontrados en otros...

